

“La Rucia Guzmán” Cuento que integra el volumen *Las Causas Ocultas*, publicado en 1980.

La Rucia Guzmán

La Rucia Guzmán retiró la tetera del brasero, cebó el mate y colocó los panecillos al rescoldo. Por ahora chuparía de la bombilla los últimos sorbos. Se arrebozó la cabeza con el pañuelo de seda y salió. Contempló la playa, el mar apacible, sus jilgueros cantaban en las jaulas, abotonaban los gladiolos. Le echó un puñado de alpiste a los pájaros, caminó por el jardín, atisbó donde se encontraría su hombre y gritó: ¡Mi viejo! ¡Viejito lindo! Por supuesto lo ganaba en veinticinco años, pero ni un comino valía. ¡Mire esa tremenda juventud y con la virilidad perdida! ¿Cómo se iba a imaginar al casarse con Roberto descubrir en el lecho a un niño? ¡Qué fenomenal ensarte! En balde lo tonificaba con enjundia, gruesos caldos, visceras y mariscos: el hombre no reaccionaba. Hasta se lo confesó a su patrona: - De mujer a mujer le hablaré señorita: me casé con un inocente.

-Extraño lo encuentro.

Imposible para la patrona pensar semejante entuerto, pues los ojos de Roberto sonreían apenas la divisaba y además se enteró de Rosa, su antiguo amor. Esa si lo tuvo volteado, después se marchó con el “falte”. Entonces la rucia conoció a Roberto, disminuido, entregado al alcohol.

La patrona le trajo vitaminas y le recomendó que dejara la bebida. Insistió en la sobrealimentación para Roberto. ¿Pero ella? Ni tonta. Nadie la ganaba en ladina. Pasaba alerta al menor indicio. Si le quitaba a Roberto el vicio, el hombre descendía al chinchel o a la quinta y de ahí a juntarse con Rosa solo un brinco... Volver a la soledad significaba un castigo que ella prefería imponerle una fidelidad forzada, manteniendo contento al hombre. ¡Sólo así se maneja con imperio! La Rucia se asomó a la cumbre. -¡Le preparé una chupilca!, bébasela de un trago para que le componga el cuerpo.

El hombre abandonó la pala y la siguió sumiso, agradecido. ¿De dónde sacaría una mujer más atenta? Pero algo en él, irrazonado y canalla, lo impulsaba a detestarla y a detestarse. ¿Por qué mantenía hacia ella una actitud servil? ¡Debiera mandarla a la mierda! Más, reconocía que la Rucia Guzmán invocaba poderes omnipotentes además de equilibrar su presupuesto. Diariamente se las ingeniaba para disponer de chacolí y los sábados se comían un asado e ingerían íntegra una garrafa de Santa Carola. Absurdo quejarse.

Desde el matrimonio ascendió en rango, la camisa limpia, la ropa ordenada, el ánimo sereno. Aunque, en verdad prefería sus parrandas, dormir bajo los molles, salir a zorrear, abrazar a su Rosa. ¿Qué le acontecería? El “falte”, siempre han de sobrar esos diantre -, la embaucó para dejarla botada. Un día amaneceré alzado y me mando a cambiar y la Rucia Guzmán ¡al demonio!

-¡Venga, mi hijito! Le preparé tortillas y chupilca.

Y así el hombre, continuamente al alcance de su mujer, recibía la palabra zalamera y el trago consolador.

¡Ando apollerado!, se quejaba el en sus ataques libertarios. -Un aire me ha torcido. Sóbeme el cuello.

Roberto apuró el vino con harina, masticó unas tortillas y se acercó a su mujer. Tratas, puras tretas. Se inclinó sobre su cuello y la mordió con rabia.

-¡Ay! -gritó la mujer, encantada por la brutal caricia.

-¡Mi pícaro, querido! -e intentó sujetarlo de un codo, pero él, de prisa, escanció otras copas y abandonó la casa.

Un desasosiego creciente lo hizo sumirse en la quebrada. Se tendió en la hojarasca, rojiza, crujiente, de los peumos, y trajinó en su cueva. Entre unas rocas escondía un cajón:

todo su tesoro. Una foto iluminada de Rosa y una sola trenza espesa. La acarició y la frotó repetidamente sobre sus mejillas. Despeinada, suelto el cabello por la espalda, brillante, azuloso. ¡Ah, Rosa! ¿Por qué no regresas, mujer? Por cierto Rosa soñó con la ciudad donde encontraría más empleos, muchedumbre y posibilidades de hombres para la perdición. La bandida: un año se ha aguantado callada. Ni mi comadre recibe noticias de ella. ¡Ah, si llegara, le impediría irse! Dio unos suspiros y se reconoció culpable. ¡Cuánto me soportaste! El último mes de convivencia me lo pasé ebrio y ella hasta hambre sufrió. ¡Te juro nunca más tomar!, le prometió, pero Rosa igual se fue. Ahora la Rucia se echaba muchos humos, aunque también llevó una vida azarosa. Doblemente viuda, varios amantes, capaz era de balearlo a él y a su Rosa. Allá en Arauco, peleando en La Frontera con su padre cacique, se formó mujer de ñeque, diestra en manejar los puños y la carabina. –Conmigo derechito –le advertía la Rucia-, usted dispone de cuanto necesita. Antes lo mato que dejarlo partir.

Sus excesos de violencia en plena borrachera le rebelaron el carácter indómito de su mujer y valoró su peligro. Y con lo bruta, testaruda, temperamental, resultaba difícil poner en duda tan enconado propósito.

.Me respeta poco-, rezongaba.

-¿Qué destino el tuyo sin mí? ¡Un roñoso!

El hombre enmudecía: un “roñoso”. Quizás los demás, lo pensarán. ¡Bah! Qué le importaba, ¿caso la patrona no divulgaba a quien quisiera oírle que sus cualidades consistían en su simpatía y en su honradez? La Rucia lo conoció en un momento crítico, embromado, lo rehizo infundiéndole confianza. Rosa jamás significó conveniencia, ni le exigía orden, ni licor, ni estabilidad, sólo ella y su amor. ¡Caramba, la diferencia! Escondió su cajón entre las piedras y corrió cerro abajo. Un vago presentimiento lo acosó. Llegó a la casa de su comadre sin pensar en qué forma la interrogaría. Se detuvo en la tranca, a meditar, hasta que Margarita atravesó el patio.

-Pase, compadre Roberto –gritó Margarita, secándose las manos, con un trapo, y enseguida estrechándose las. -¿Qué lo trae? ¿Piensa darles una tunda? ¡Espléndido! Esperándolo estaba. Ahí le dejó la varilla. Siéntese. Sírvase algo. Aquel es el flojo –añadió, señalando un palto, y entró en la cocina dejando a Roberto e el patio mirando los vigorosos árboles.

Roberto se despojó del suéter, agarró la varilla de coligüe y comenzó a azotar el tronco del palto hacia la cima mientras los insultaba “palto de porquería, palto maricón, yo te enseñaré a encacharte, a producir flores y frutos”. Repitió el chicoteo y lo extendió por las ramas hasta el más tierno brote.

-Va a quedar sin resuello, compadre; descanse –rogó Margarita- . Acépteme un peor es nada para obtener aliento.

Roberto obedeció. Era ésta una tarea cargante, opero eficaz. Normalmente resultaba y su fama de proliferador se extendía por la comarca. A menudo lo buscaban de lejos para realizar palizas similares. Se sentó frente a Margarita.

-¿Cómo está su señora?

-Ahí la dejé con dolores en el cuello.

-Oiga, compadre Roberto, la Rosa me escribió.

Roberto quedó sin respiro. El corazón le latía en las sienas. Ahora se presentaba la oportunidad de dar el salto. Arreglar las cuentas. ¡Chitas con la payasá: hacerle la cruz a la Rucia! Brava labor. Necesitaba agallas.

-Un pálpito me decía...-murmuró él. Un torrente de esperanzas, revuelo de alas, recriminaciones en silencio, renuncios, un hurgar en los compartimientos del recuerdo. Rosa. Su tez transparente, tersa, morena, surgió con toda su plenitud de mujer lozana, mientras la voz de Margarita explicaba: Piensa venir el Dieciocho. Los patrones la traerán por el día..., por el día..., por el día... ¡Cómo me gustaba verte correr por el potrero en busca de la yegua tordilla y apenas la pillabas te subías en pelo y cabalgabas hasta mí...!

-Y se la llevan enseguida por avión a Antofagasta..., pero ella quiso despedirse de la Chabelita, apenas la ha visto...-Y después de las primeras lluvias recogíamos callampas y el rocío nos mojaba los zapatos, y el olor a pasto nos trastornaba de dicha y jugábamos a los conejos bajo los eucaliptos, los quebrachos y los pinos. Y en la frescura del alba salíamos a zorrear con jauría que la huella con una exactitud pasmosa, se entremezclaba a ti, Rosa. Toda esa alegría de vivir inconsciente, sin dolor, llegaba de ti, Rosa. Por desgracia pasamos privaciones: cómo parar la olla, pero no se nos hacía trágico, ni enojoso. Tú me retabas sólo por beodo. Tú nunca bebiste. Ahora me regocijo. Sin embargo, nunca una palabra injuriosa salió de tus labios. Sólo llorabas.

-¡Ay, comadre! -Rogó Roberto-. Regresaré por informaciones. En cuanto sepa de Rosa manda a la Chabelita a avisarme.

-¡Qué intenta, compadre Roberto! Ya se casó y su señora lo quiere y lo cuida.

-¡Tal vez!, pero la Rosa es mi mujer y yo no consentiré que se mande a cambiar de nuevo.

-¿Para qué le contaría, compadre? La Rosa engordó, encontró buenos patrones. Quizás su suerte la ayude en el norte, ¿cómo sabe usted?

-Comadre, me embolinan las cosas del corazón... trate de comprenderme.

-Alguien contó que su señora lo domina y se ha aficionado al pencazo- Nunca su comadre manifestó aprecio por la Rucia Guzmán por lo altanera y soberbia que se comportaba.

-Usted conoce lo majadera...-agregó casi con vergüenza Roberto, seguro de reforzar la alianza. Me porto harto cobarde, ¡si la Rucia llega a enterarse: me mata...!

-Resignación, compadre. Al fin y al cabo, los nombramos padrino de la Chabelita. Roberto caminaba rápido y risueño silbando por el cerro.

-¿En qué andabas? -preguntó su mujer.

-Les di una tunda a los paltos de mi comadre.

-¿Dónde la alcahueta? -dirás tú.

Roberto nada contestó y se dedicó a sacar semillas de las vainas secas. La Rucia, tranquilizada, tomó la guitarra y comenzó a puntear un cuplé antiguo que a Roberto le gustaba.

Gitanillo, serranillo, gitanillo,
No me mates, ¡ay!, gitanillo,
Qué malas entrañas tú tienes pa' mí
¿Cómo puedes ser así?

Al concluir el canto Roberto se enterneció y le acarició los cabellos en un ademán conciliador.

-Juguemos brisca -propuso el hombre para complacerla.

Por lo general ella ganaba y en ese delirio triunfador, renovaba sus energías. El hombre se dejó ganar como cada noche, sorbió la sopa servida por la Rucia y enseguida prendió la radio para escuchar radioteatro. ¡La corto de tomar!, se prometió rechazando el vaso que su mujer le tendía. Abandonar el alcohol significaba un arduo sacrificio, más le parecía el único camino para salir de esa dependencia de la Rucia Guzmán, demasiado complaciente.

-Sabe- anunció su mujer- He decidido pasar las fiestas del dieciocho en Cartagena, en caso de mi sobrina: nos tiene convidados.

-Excelente.

-En cuanto regrese la patrona le pediré permiso para pasear.

-¿Cómo se le ocurre dejar a mi patroncita, si apenas la veo y seguro que aquí celebrará las fiestas? Vaya sola, no más.

-¿Yo sola? ¿Cómo una huacha? ¿Seré viuda acaso?

El hombre nada agregó, pero le volvió el desasosiego. Los días transcurrieron apacibles. La patrona se negó a concederle permiso y con ello Roberto aseguró su permanencia. En vano intentó persuadir a la Rucia en salir de vacaciones. Evidentemente la volvía perspicaz.

-Le escribí a mi sobrino invitándole y llegan el quince -¡Macanudo!-pensó Roberto-, así gozaré de relativa libertad y la Rucia se entretendrá. Total si me arreglo con la Rosa el sobrino amortiguará el golpe.-. Y esa perspectiva selló los remordimientos que lo atormentaran.

La víspera de las fiestas, la Rucia Guzmán viajó al pueblo. Compró carne y Santa Carola en abundancia.

-La llevo a Reñaca en taxi, señora Zelma -invitó la Rucia Guzmán.

-Encantada, vecina -aceptó la señora Zelma.

-¿Qué se cuenta?, ¿Muchos preparativos para el Dieciocho?

-Los de siempre: las carreras y las apuestas.

-¿Y habrá visitas?

-Por supuesto, como todos los años.

-¿Y la Rosa Morales, vendrá?

La señora Zelma soltó la risa.

-A lo mejor, señora. A lo mejor...

-¡Qué tal mi corazonada! Difícil equivocarme.

-¿Cuándo he afirmado tal cosa?, -protestó la señora Zelma. Presunciones tuyas tan solo.

-Pero ahora tengo la certeza. La Margarita, esa alcahueta, trama el infortunio.

-¡La Margarita! ¿Cómo se atreve a calumniarla?

-Una santa hipócrita! ¡Todas hipócritas, se pasan alcahueteando!

La señora Zelma se sintió ofendida y optó por callarse hasta el sendero que la conducía a su casa. -muchas gracias, señora, y no se equivoque con respecto a la Margarita.

-Usted disculpe, señora Zelma, cumplí los sesenta y tres años.

-Bien conservados.

La Rucia Guzmán apretó el paquete sobre su falda y repitió:

-Sesenta y tres, pero todavía me la puedo.

Y como ese convencimiento la fortaleciese, resolvió lo que haría en adelante. A pesar de sus temores y celos hacia Rosa Morales, ocultó su contrariedad con sigilo.

Entrando a la casa prendió la radio, se puso locuaz, desempaquetó las compras, llamó a Roberto para mostrárselas y le entregó una camisa roja a cuadros.

Roberto la recibió confuso, se consideró un traidor, un sinvergüenza.

-¿Y usted nada se compró?

-Claro, para la casa. Necesitaba un colador y un embudo.

-Iré al pueblo y le traeré un pañuelo de seda, -pensó él con dolor-. Será mi último regalo.

Por la tarde llegó el sobrino con su mujer. Fue un verdadero alivio. Se olvidó de Rosa y hasta su mujer se portó despreocupada, feliz. Eso lo tranquilizó. Sin embargo, volvió donde se comadre y así se enteró que Rosa arribaría al día siguiente y sólo pasaría el día de las Fiestas Patrias. El diecisiete celebraba su cumpleaños y la Rucia Guzmán lo despertó con un potrillo de pipeño. A mediodía el sobrino le regaló dos botellas, una de pisco, la otra de coñac y la Rucia, que comenzaba la onda del mareo, consideró un desaire no destaparlas de inmediato. A su vez, la patrona trajo champaña y propuso brindar por la salud de Roberto. Con los brindis el festejado a las cinco de la tarde estaba embriagado.

-¡Me chanto! -gritaba-. ¡Me niego a tomar! Y se acostó en la esperanza de despertar sobrio por la noche y bajar a las fondas.

La Rucia Guzmán no cejó.

-Prepárame un café cargado –pidió la Rucia a su sobrina-, de despabilar la cabeza. Y después de repetidas tazas, reaccionó: -Ahora nos encaminamos a la cancha.

-Pero, si nuestros maridos duermen-, protestó la sobrina.

-Por eso mismo; nos divertiremos.

La sobrina quedó perpleja.

-Ni se enterarán. Regresaremos temprano-, aseguró.

Descendieron lentamente el cerro. Las ramadas se divisaban iluminadas desde lo alto invitando a la fiesta. En cuanto llegaron a la ramada principal, la Rucia Guzmán vio a la Rosa Morales junto a Margarita y comprendió que su intuición aún la orientaba. Los conocidos se acercaron, la saludaron con respeto, extrañados de la ausencia de Roberto.

-Convine encontrarme con él aquí –mentía la Rucia-. Ya vendrá. Anda con el sobrino.

Pronto le rogaron que cantara y ella aceptó. Conocedora de su voz firme y de los aplausos, se imaginó fulminar a Rosa. Todavía se atrevió a bailar una cueca.

Rosa y Margarita la miraban sorprendidas ¡Qué tremenda vitalidad!

-Ahora podría morirme, -se dijo, cansada. Vaya a dejarme, don Checho, mire que la repechá es larga y las piernas me quedaron adoloridas.

Checho en el acto la subió a la camioneta. De esta manera, los hombres aún dormitaban mientras ellas regresaron.

-Estoy frita –se dijo la Rucia Guzmán con desaliento-, si Roberto despierta nadie lo ataja y seguramente me dormiré.

Fue a la cocina y preparó una agua cargada de semillas de amapolas y las mezcló con coñac. Con el vaso en la mano se allegó a la cama donde Roberto soñaba y lo remeció con violencia invitándolo a copetear con ella.

.Tengo sed –murmuró él vaciando el vaso-. Y acto seguido la mujer se acostó junto a él, ni siquiera se desnudó, sólo se sacó los zapatos y se introdujo en la cama.

La Rucia durmió hasta tarde. Despertó de pronto. ¿Dónde estaba Roberto? A su lado, de espaldas, con la boca abierta, roncaba. Se deslizó de la cama y entró a la cocina.

-Nos conviene servirnos un rico caldillo de mariscos con ají picante, advirtió.

El sobrino andaba en pie, con desea de concurrir a la cancha.

-Oiga, sobrino, un grandísimo favor le suplicaré. Ayude a impedir que Roberto vaya curado a la cancha, comprenda que las gentes se ríen de mí.

.Si amanecerá sano –afirmó el sobrino-. Además yo lo cuido.

-¡Qué sois tonto! la Rosa llegó, y a buscarlo ha venido.

-Cómo se le ocurre, tía, un hombre arruinado. Suprímale el trago, lo puede matar. Está hartito enfermo.

-¡Cállate jetón! Usted no entiende. Esta malta con cacao lo arreglará, yo me encargo del resto.

Por el corredor, la Rucia Guzmán vio a Chabelita, toda almidonada, con cintas en las trenzas y una fuente cubierta con un mantel. Cada cumpleaños, la ahijada de Roberto se presentaba con una gallina cocida adornada de perejiles y torrijas de huevos duros. Salió a recibirla. ¡Bonita la chica!, y a pesar de sus celos y odios hacia la madre, le caía en gracia tanto candor.

-El viejo recordó con la caña. ¡Una lástima!, pero quiero que lo mires: ¡preciosa tu pollona!

La malta con cacao que el sobrino le pasara a Roberto le cayó mal y laxo, lívido y con la mente entorpecida, la lengua traposa y la visión arremolinada, veladamente distinguió a Chabelita como abrazaba y dejaba la fuente encima del velador.

-Gracias, mi hijita, gracias –murmuró entre hipo e hipo-. Me levantaré a agradecerle a tu madre. –Se echó sobre la almohada como no pudiendo soportar el esfuerzo de incorporarse y cayó en inquieto sopor murmurando retazos de frases ininteligibles.

Un olor a vinagre invadía la habitación.

-Salga, Chabelita. Ahora devanea...

Chabelita no deseaba otra cosa, se despidió y bajó corriendo la ladera.

-¡Agua! Gritó Roberto, de repente.

La Rucia Guzmán titubeó, pensó en la advertencia de su sobrino, ¿le daría vino o agua? Apretó el corazón y le estiró un vaso de vino.